

ALGUNOS DATOS SOBRE LA ARQUITECTURA DIECIOCHESCA VALLISOLETANA

Pese al letargo político y económico de Valladolid en la época del Barroco, el arte viene a testimoniar una vez más cómo el espíritu no acompaña obligadamente a la materia en su postración. La capital y la provincia se enorgullecen de crear en la primera mitad del siglo XVIII edificios tan bellos y suntuosos como la iglesia parroquial de Rueda, la sacristía de la iglesia de los Santos Juanes, de Nava del Rey, y en la misma capital la fachada de la Universidad y la iglesia de San Juan de Letrán. Vencida la arraigada austeridad herreriana del período barroco contrarreformista, acontece desde el último tercio del siglo XVII una súbita y calurosa explosión decorativa, dando con ello, al llegar la siguiente centuria, el arte nacional uno de los más vigorosos latidos de su historia. En aquella hora de resurrección, cuando todas las escuelas peninsulares y América de parte a parte rivalizan en arte creacional, Valladolid supo también colocarse entre los núcleos de más alta significación artística. En las líneas que siguen, no obstante, tan sólo vamos a añadir alguna modesta novedad al conocimiento del barroco vallisoletano.

Como es sabido, Alberto Churriguera trazó el cuerpo alto de la fachada de la Catedral. En el *Libro de Cuentas de la obra de la Torre, Portada y Atrio*, correspondiente a los años de 1729-33 (Archivo de la Catedral de Valladolid), se consignan diversas partidas a varios maestros. Alberto Churriguera, a quien el Cabildo hizo venir expresamente de Salamanca, recibe 16.741 reales, distribuidos de esta forma: 13.475 por su salario, a razón de 350 ducados anuales (3.850 reales), durante tres años y medio, pues los años últimos de la obra no vino por no ser necesario ya; 1.566 reales por el agasajo y viaje cuando se le llamó para tantear la obra y dar providencias sobre la misma; y 1.700 restantes por

gratificación que se le dió al finalizarla, por entender el Cabildo que su salario no había sido excesivo y que había realizado a su costa los viajes. Al mismo tiempo se abonaron 200 reales a un sobrino de Alberto Churriguera, que siempre le acompañaba. Tal vez sea este sobrino José de Lara y Churriguera, pues tal grado de parentesco imagina García y Bellido que existía entre ambos (1).

Se entregan en total 10.374 reales a Pedro de Bahamonde, por las estatuas de San Ambrosio y San Agustín, y a Antonio de Gautua, por las de San Gregorio y San Jerónimo, sin entrar en esta cantidad lo que percibiera el primero por las figuras de la parte inferior de la fachada. Los aludidos maestros cobraban un jornal de 15 reales y dos oficiales suyos, 5 y 6 respectivamente. También se incluye en nómina a Juan García Espinosa, tallista, vecino de Salamanca, que labró los escudos y que ganaba 14 reales de jornal. En otras partidas figuran Manuel González, autor de las espadas, llaves y demás herrajes de las estatuas, y Santiago Montes, que tomó a su cargo el dorado de los mismos. El maestro Juan Andrés percibió 3.080 reales y 18 maravedís por las rejas y guijos de los antepechos del atrio, y 224.400 maravedís Pascual Alvarez, por su cometido de aparejador de la fábrica.

De lo indicado se deduce ya claramente lo que Gautua y Bahamonde hicieron en las figuras de los cuatro Doctores. También se prueba la asistencia prestada por Alberto Churriguera a la obra, asidua en la época en que se trabajó de firme, con lo que se desecha la idea de que sólo dió el plan general, desinteresándose de su cumplimiento. También revelan las cuentas, según se ha visto, el nombre del maestro que labró los escudos, el salmantino Juan García Espinosa, que sería seguramente del equipo de Churriguera. El es responsable de esa talla poco fina, si bien en su descargo precisa decir que la piedra que se utilizó no era lo más a propósito. Es esa decoración de hojas carnosas, de fuerte resalto, recurvadas a veces como cartelas y entre las que campean infantes.

Mayor novedad supone la iglesia de San Juan de Letrán.

(1) *Avances para una monografía de los Churriguera*. Archivo Español de Arte y Arqueología, 1929, 52. Se puede comprobar esto además porque el escultor José de Lara dió los modelos de las estatuas de los Doctores. G.^a Chico. Esc. 386.

Repasemos brevemente su historia (1). En 1550 un sacerdote llamado Hernando de Dios consiguió bula papal para fundar un hospital de ancianos inválidos y sin fortuna, empresa que acometió seguidamente. Fijó en trece el número de acogidos, imponiendo como condición ciertos rezos y la asistencia a los entierros. El mismo fundador se encargó de erigir iglesia y edificaciones complementarias. En el siglo XVIII se fundieron todos los hospitales vallisoletanos en el Hospital General de la Resurrección; se desocupó consiguientemente el de San Juan de Letrán, haciéndose cargo del edificio los religiosos de la Merced Descalza, cuyo convento habían destruido los franceses en la Guerra de la Independencia. Al sobrevenir luego la exclaustración, tuvo el edificio diversos destinos, hasta que en 1897 fué entregado a las religiosas de María Reparadora, dedicadas a la adoración ininterrumpida del Santísimo Sacramento. Por esta razón se le conoce indistintamente por San Juan de Letrán o las Reparadoras.

Las noticias documentales nos transmiten los nombres de algunos artistas ligados a la historia de su construcción. En el siglo XVII el edificio estaba ya viejo y destartado, por cuanto a 26 de mayo de 1675 Luis de Naveda y Antonio del Solar se concertaron con Don Simón de Contreras y Rojas, secretario de Su Majestad y regidor perpetuo de Valladolid, para elevar la nueva iglesia y Colegio de San Juan de Letrán, «junto al que hoy está hecho de fábrica antigua», con arreglo a la planta y traza de Juan Tejedor Lozano, maestro de Obras, vecino de Valladolid, por un importe de 26.000 reales (2). El hecho de que el convenio se suscriba con un secretario del Rey, se debe a que era monumento de patronato real, desde que Carlos V se dignó ser patrono de él. Merece ser recalcada esta circunstancia de que un «maestro de obras» y no un arquitecto diera la traza del edificio, lo cual demuestra que no existía una plena discriminación de funciones entre miembros de oficios del mismo ramo. De Antonio del Solar no poseemos otra noticia sino la de que hace unos reparos en la vallisoletana Casa de las Conchas (3).

Afirma el cronista Ventura Pérez en su *Diario de Valladolid*

(1) García-Valladolid: *Valladolid. Sus recuerdos y sus grandezas*. Valladolid, 1900. Tomo I, 433.

(2) García Chico: *Arquitectos*, 216.

(3) Idem, ídem, 179.

que San Juan de Letrán fué reedificado en 1739. Tuve la sospecha de que un contemporáneo de esta reforma como Manuel Canesi pudiera añadir nuevos informes. Y en efecto, en el capítulo XXIV de su inédita *Historia de Valladolid* se dice que en 1676, arruinada la vieja fábrica, se inició la construcción de la nueva, lo cual se halla conforme con el documento de García Chico. Sin embargo las obras se interrumpieron pronto, para reanudarse en 1729-30. Es decir, se construirían en el siglo XVII por lo menos los cimientos y la cabecera con arreglo al plan de Juan Tejedor Lozano, que serían un pie forzado para las obras de la centuria siguiente. Llegado este momento se hizo un nuevo proyecto, revelándonos Canesi el nombre del autor: «Y es tan superior la idea que ha formado Matías Machuca para la fachada, que es toda de piedra, con el adorno de varias columnas y estatuas, que bien examinada han declarado los peritos en la arquitectura que es de lo mejor que hay en Castilla y lo mismo el pulimento de la iglesia». Interesantísimas palabras, que nos ponen de manifiesto, ¡cómo no!, que aquella arquitectura, juzgada con tanto desdén por los neoclásicos, respondía a un clima histórico adecuado; y también que ya los hombres de la época supieron valorar el monumento como de lo más sobresaliente que hubiera en la ancha Castilla. Lástima es que Machuca no hiciera un plan totalmente nuevo, ya que al encontrarse sacado de cimientos el edificio, ello le impidió mover el cuerpo de la iglesia con la misma gracia barroca que la fachada.

Refiere Ventura Pérez las grandes solemnidades que se celebraron para conmemorar la inauguración del templo, el 10 de setiembre de 1739. Duraron las fiestas tres días y consistieron en sermones, villancicos y procesión con la estatua de San Juan de Letrán y el Santísimo Sacramento, adornándose los conventos y casas del Campo Grande con colgaduras, altares y retablos. Que así vibraba el fervor popular ante un hecho tan relevante como la inauguración de un templo.

Volvamos sobre el autor. Las únicas noticias que poseemos de Matías Machuca proceden de García Chico, ya que ni Ceán Bermúdez ni Llaguno le citan. En 1726 interviene como «maestro de obras» en reparos de la torre de la catedral de Valladolid (1). Reconstruye en 1733 el puente sobre el Duero que poseía el

(1) García Chico: *Arquitectos*, 221.

Monasterio del Abrojo, trabajando en calidad de «maestro de obras y arquitecto». Se hallaba casado con Teresa Fernández. No conservándose, pues, otras obras, su mérito hemos de deducirlo de la iglesia de San Juan de Letrán.

La fachada constituye la parte más atractiva. Está labrada en piedra y se compone de un cuerpo central y dos alas resueltas en torrecillas cilíndricas. Notable es, como se verá, el «movimiento» de esta fachada, combinándose en planta curvas y contracurvas. La decoración se muestra parca y concentrada, evitándose la monotonía de los llenos mediante una decoración cajeadada de suave claroscuro. Mucha novedad aportan las columnas, transformación valiente de las abalaustradas del Renacimiento. La vitalización de la arquitectura, en su afán de innovación y dinamismo, llega a ofrecernos esas molduras recurvadas, como si estuvieran hechas de substancia plástica, que nos recuerdan las modernas deformaciones de Gaudí o Salvador Dalí. Junto a esto tenemos la forma conservadora del arco de medio punto de la portada, en pugna con los marcos acodados y quebrantados que prodiga el barroco. Decórase el dovelaje con abultados motivos vegetales, sometidos al esquema barroco de la curva y contracurva, renunciando el ritmo del rococó. En dovelas alternas figura también un motivo geométrico de semiesferas, de mucho uso en el primer tercio del siglo XVIII. La parte que monta sobre el arco presenta una decoración de mayor relieve. Entre vigorosos acantos campean rollizos infantes, elevándose sobre una venera de perfil barroco un gran penacho acantiforme, que levanta y quiebra la imposta, formando un arco poligonal, tan del gusto barroco. Encima vemos un gran escudo de España, por ser la iglesia de patronato real. Sostienen la corona dos infantes y rellenan el espacio diversos trofeos militares.

La tendencia verticalizante del último barroco, unida al afán de perforar los remates, en armonía con el gótico, se acredita en el cuerpo alto del edificio, donde tres templetitos muy aéreos coronan la vertical de las torres y el cuerpo central. Estatuas de la Fe y la Caridad se colocan a plomo de las columnas, y una imagen de San Juan Bautista, titular del templo, se cobija en el lucido templete central, rematado por un sobrecuerpo igualmente perforado. Sin duda tales templetos han de considerarse derivación de los bellos campaniles italianos, como los de la iglesia de San Inés, en Roma, por Borromini.

Una fachada todo armonía, gracia y delicadeza, de espíritu rococó por la complacencia en las bellas formas, bien que falte la rocalla. Pese a la complacencia en el adorno, los grandes espacios planos libran a la fachada de ser algo meramente teatral y decorativo. La originalidad resplandece fuera de toda duda. Y no obstante, ciertos elementos proceden de la Universidad vallisoletana. Así por ejemplo el arco poligonal, el penacho que quebranta la horizontal (en la puerta del edificio universitario), los infantes sosteniendo la corona en los escudos (que también se ven en la fachada de la catedral), las estatuas del ático, el impulso vertical del remate central y la concentración de la decoración en la calle medial de la fachada. La costumbre de colocar estatuas en el ático, nacida en el siglo XVI, iba a encontrar ahora su edad de oro (Palacio Real de Madrid, San Juan de Letrán de Roma, etc.).

Ya se ha indicado cómo la planta del edificio es una sencilla cruz latina. Pese a ello Machuca dispuso en bóvedas y muros una exuberante ornamentación. Se constituye ésta por figuras de líneas quebradas y mixtilíneas en escayola, término de la evolución de las «orejas» que presentan los vanos del siglo XVII. Pero a diferencia con la decoración de este último siglo, los espacios interiores no quedan vacíos, sino que se colman con motivos vegetales acantiformes labrados en piedra. Uno de los espacios presenta el escudo de España ceñido con el Toisón y amparado por águila bicéfala y corona imperial, es decir, es el escudo del emperador Carlos V, primer patrono real del edificio. Culmina esta ornamentación en la ciega cúpula y en los marcos de los grandes ventanales del crucero. No hay que decir que el artista ha obtenido la máxima variedad temática en su repertorio. También una línea quebrada sigue la cornisa, la cual se apoya en ménsulas carnosas de acanto. Por las pilastras se descuelgan festones de acantos, cabezas de ángeles, etc., de forma que, sin resultar ofuscante, la ornamentación todo lo invade. Diversos tarjetones con episodios de la vida del Bautista decoran los antepaños. Sus marcos dorados presentan ya la típica rocalla. Tales tarjetones se hacían tardíamente, ya que en 1782 los doradores Tomás y Miguel García cobraban cantidades para ponerlos. Próximamente por entonces se realizarían los adornos de las pechinas, policromados, que contienen representaciones de San Juan y San Miguel, pues en ellos distinguimos también la rocalla.

La personalidad de Matías Machuca nos viene expresada por el grado de independencia y sello propio que presenta en relación con los artistas del momento. Desde luego nada desmerece esta obra junto a las mejores de los Churriguera. Una gran similitud presenta con la decoración de las bóvedas de la iglesia de Sebastián de Salamanca, hecha en 1731 por Alberto Churriguera. Creemos, por tanto, que el arte de Machuca no es ajeno, ni podía serlo, al de los Churriguera, siendo con Alberto con el que presenta mayor contacto, cosa explicable por la vinculación de gran parte de su actividad a la provincia de Valladolid. Y aun con todo, abundamos en lo dicho, en la independencia de criterio de Machuca, inventor de ese tipo tan original de columna abalaustrada. Un mérito mayor le corresponde: el de ser introductor del movimiento curvilíneo en la arquitectura castellana, a la manera de Bernini y Borromini. Porque ni los Churriguera mismos lograron «mover» una fachada con la gracia y habilidad de Machuca. En otros países este barroquismo a la italiana da frutos más tempranos, en Alemania por ejemplo. Citemos la iglesia de San Carlos de Viena, edificada por Fischer von Erlach entre 1716 y 1723; y la fachada de la iglesia Neumünster, de Wurzburg, levantada hacia 1711. Por cierto que este influjo italiano en Alemania le vemos traspuesto a la arquitectura española por obra de artistas norteños. En 1703 el alemán Conrado Rodolfo, discípulo de Bernini, daba los planos para la edificación de la fachada de la catedral de Valencia, que terminaran otros maestros pero con sujeción a las ideas de aquél. Ya más tardíamente, hacia 1733 se comenzaban las obras de la fachada de la catedral de Murcia bajo la dirección sucesiva de Sebastián Ferigant y Jaime Bort, siendo al parecer de cuenta de este último todo el complicado ornato que liga el monumento a la arquitectura holandesa.

Pero con independencia de esta infiltración los arquitectos nacionales comenzaron igualmente a desarrollar tales programas barrocos. Un ejemplo lo tenemos en San Juan de Letrán de Valladolid. Citemos también la portada del Palacio de los Condes de Valverde, en Ecija, edificio construido en el primer tercio del siglo XVIII según Antonio Sancho Corbacho (1). Ahora bien, tan sólo se trata de fachadas; para encontrar planos verdadera-

(1) *Arquitectura barroca sevillana del siglo XVIII*. Madrid, 1952.

mente a la manera de Bernini o Borromini precisa acudir a los representantes del barroco clasicista-vitruviano, singularmente a Bonavia.

La nueva catedral de Cádiz, hecha sobre planos de Vicente Acero, con modificaciones posteriores, sigue el ejemplo de San Juan de Letrán, de dos torres flanqueantes, cilíndricas, muy movidas. Pero es aventurado hablar de una influencia vallisoletana.

Van conociéndose ahora obras de Manuel Serrano, arquitecto madrileño que trabaja en tierras vallisoletanas. Debió de estar muy acreditado en Valladolid, pues en el Catastro del Marqués de la Ensenada se le regulan, de ingresos 20 reales diarios, cuando lo normal eran diez. Canesi nos informa que dicho maestro construyó la iglesia de los Premostratenses de Valladolid, cuyas obras comenzaron en 19 de febrero de 1747 (1). Se aprovechó para ello el solar donde radicaron las casas de los Maldonado. Fué realizada esta obra a expensas de Doña Ana Sarmiento, viuda de Don Cristóbal de Castañeda, mercader de sedas de Valladolid. Por testamento de dicha señora, de 17 de noviembre de 1747, el convento quedó convertido en universal heredero. Hace medio siglo que fué derribado. De la iglesia conservamos la descripción que hace G. García-Valladolid y un dibujo de la Historia de Valladolid de Antolínez de Burgos (2). Con San Juan de Letrán puede conceptuarse como lo más barroco de la arquitectura vallisoletana del siglo XVIII. Las capillas eran de planta curva, muy movidas. La portada estaba recuadrada con un baquetón mixtilíneo, en todo igual al de la parroquial de Rueda, obra también de Manuel Serrano, como la de Renedo, según documentos inéditos de García Chico. El baquetón aludido prueba la ligazón de Manuel Serrano con la escuela de Pedro de Ribera.

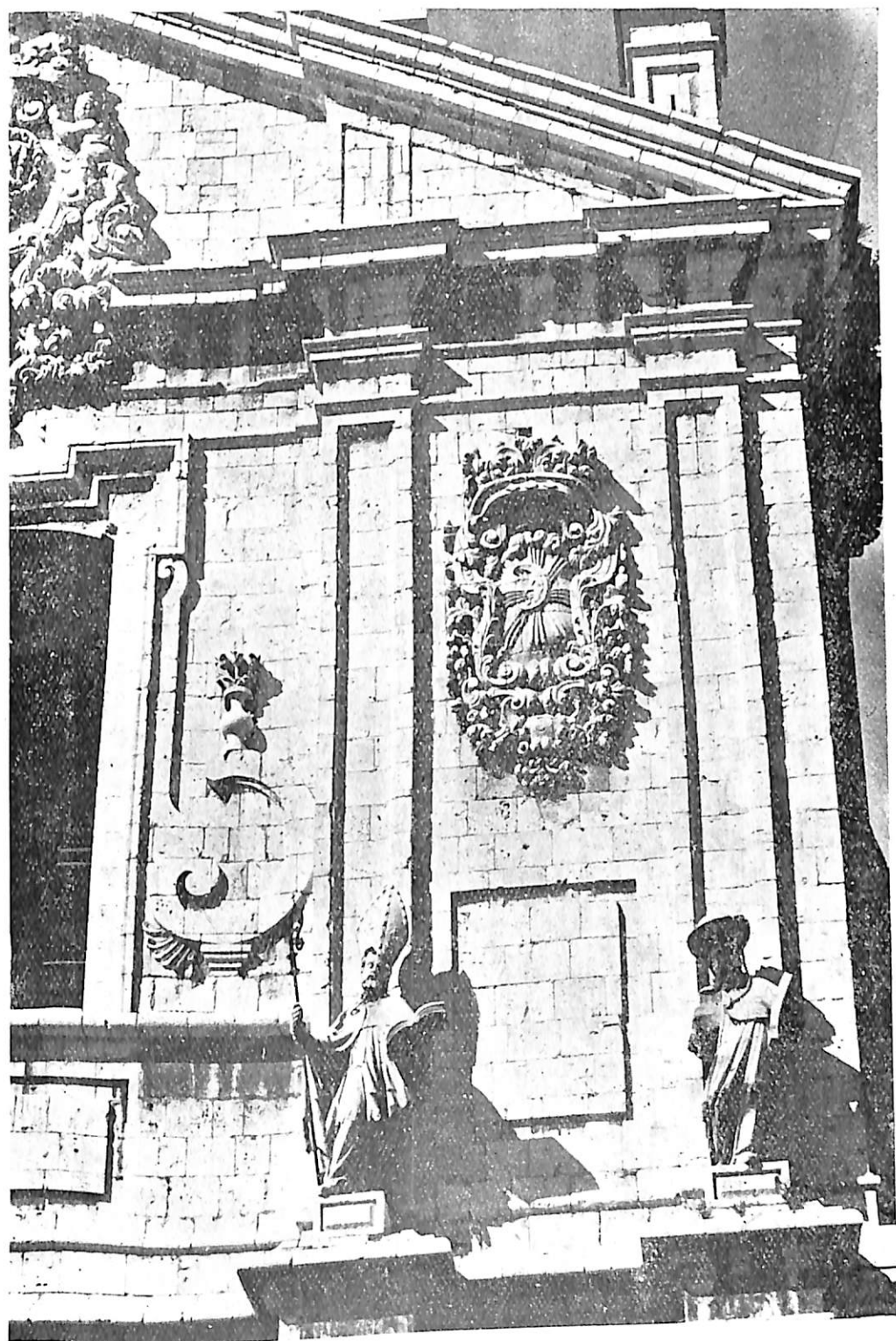
Y para finalizar, otra gran obra dieciochesca vallisoletana hemos de añadir. Se trata de la capilla de San Joaquín y Nuestra Señora de la Mano, fabricada por los años de 1739, como dice Canesi, en la iglesia del convento del Carmen Descalzo, extramuros. El octogonal recinto se cubre con cúpula de ocho paños,

(1) *Historia de Valladolid.*

(2) Lo publiqué en el BOLETÍN DEL S. E. A. A. Tomo XIX: «Dibujos de monumentos antiguos vallisoletanos», foto. 28.

espesamente recubiertos de ornamentación. Y también aquí vemos figuras geométricas mixtilíneas y quebradas, encerrando acantos. La finura y nerviosidad de éstos evoca creaciones de Alberto Churriguera (Sacristía de la iglesia de los Santos Juanes, de Nava del Rey o iglesia de San Sebastián, de Salamanca); pero acaso la obra guarda mayor relación con el arte de Matías Machuca. Y en efecto la semejanza se acrecienta al contemplar la decoración de las pilastras y las ménsulas, en armonía con lo ya analizado en San Juan de Letrán.

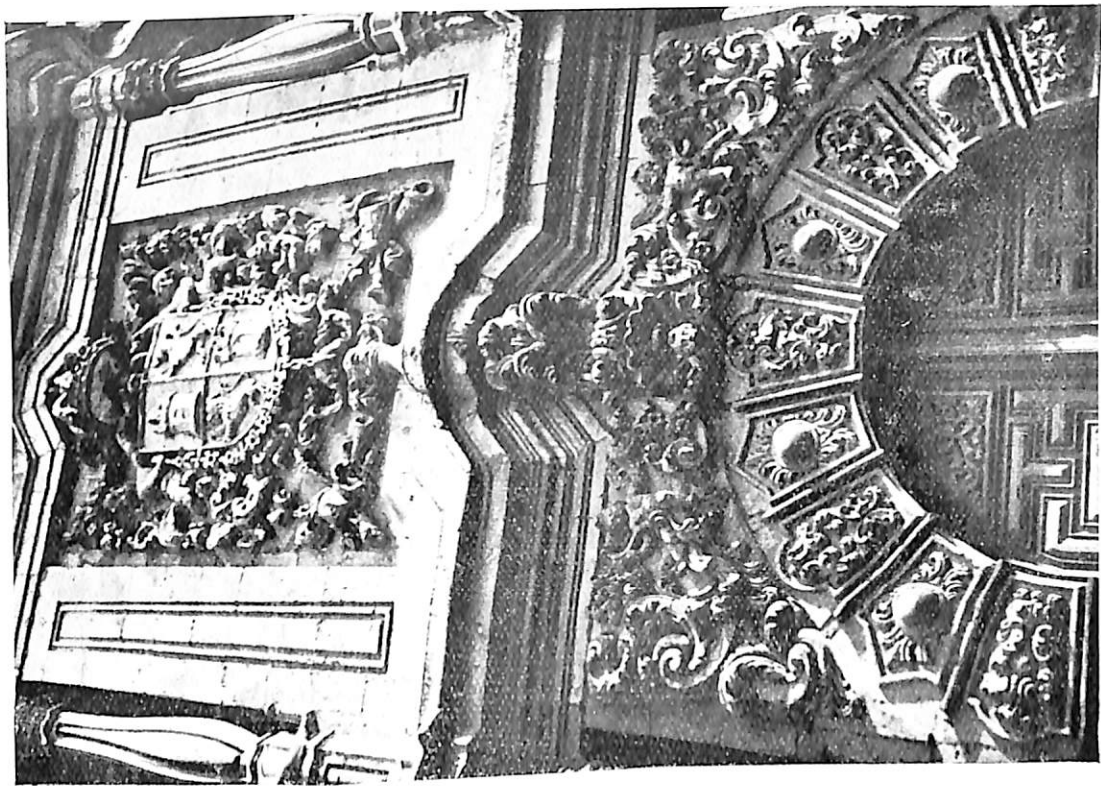
JUAN JOSÉ MARTÍN GONZÁLEZ



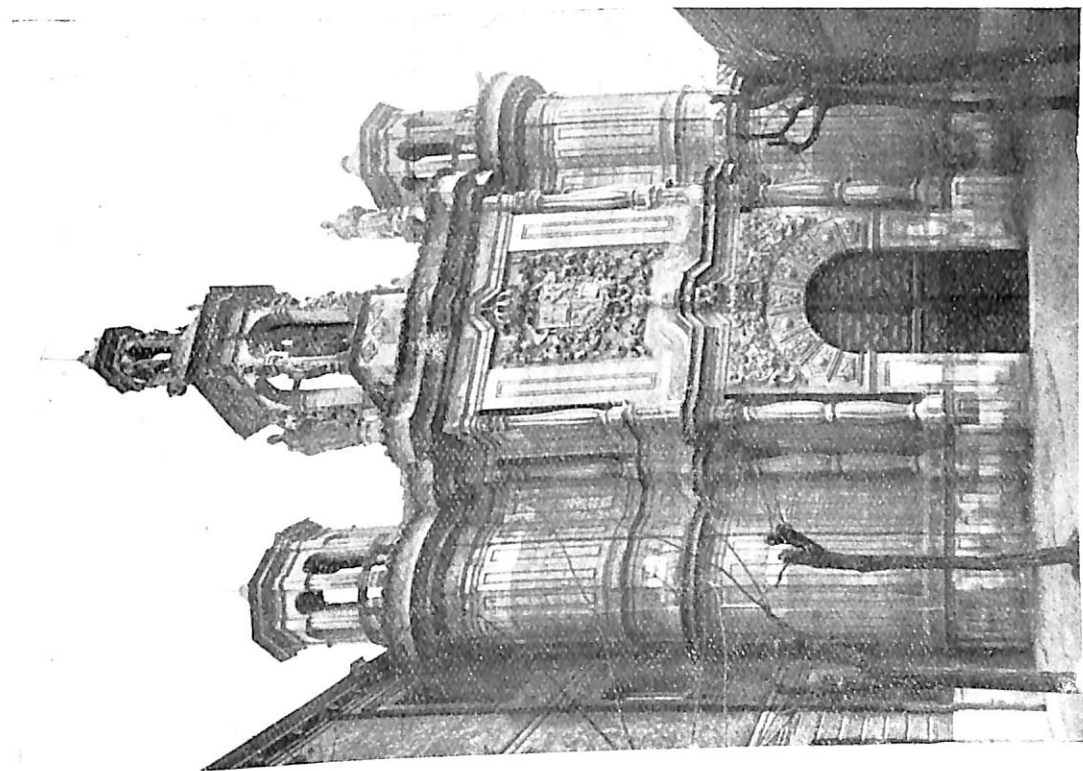
1) Valladolid. Detalle de la fachada de la Catedral.



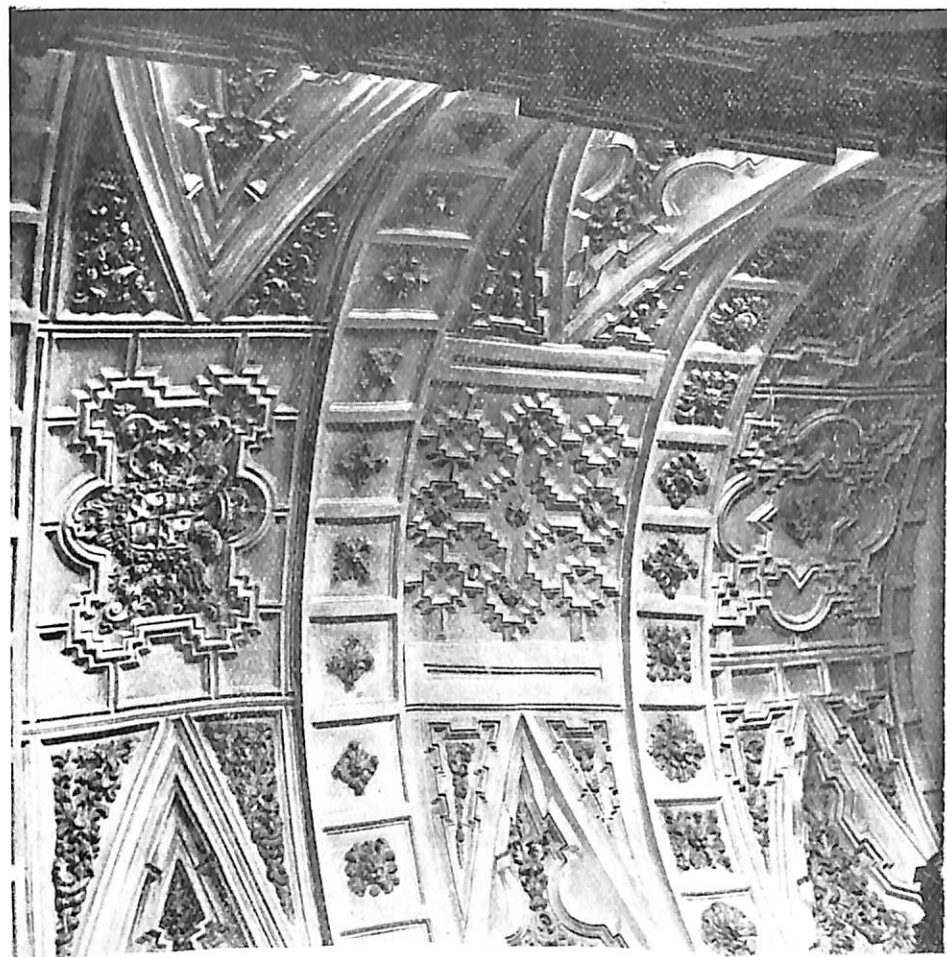
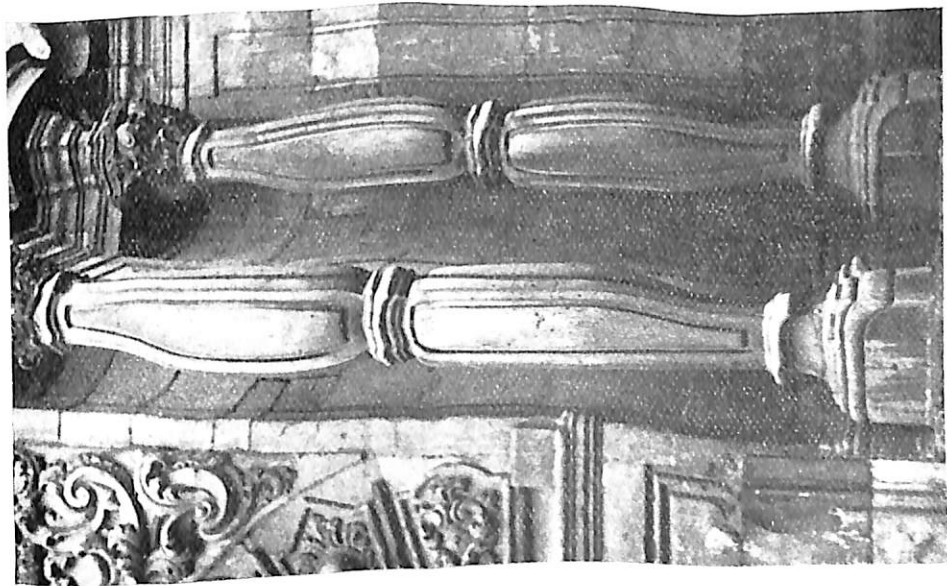
2) Valladolid. Fachada de la Iglesia de San Juan de Letrán.



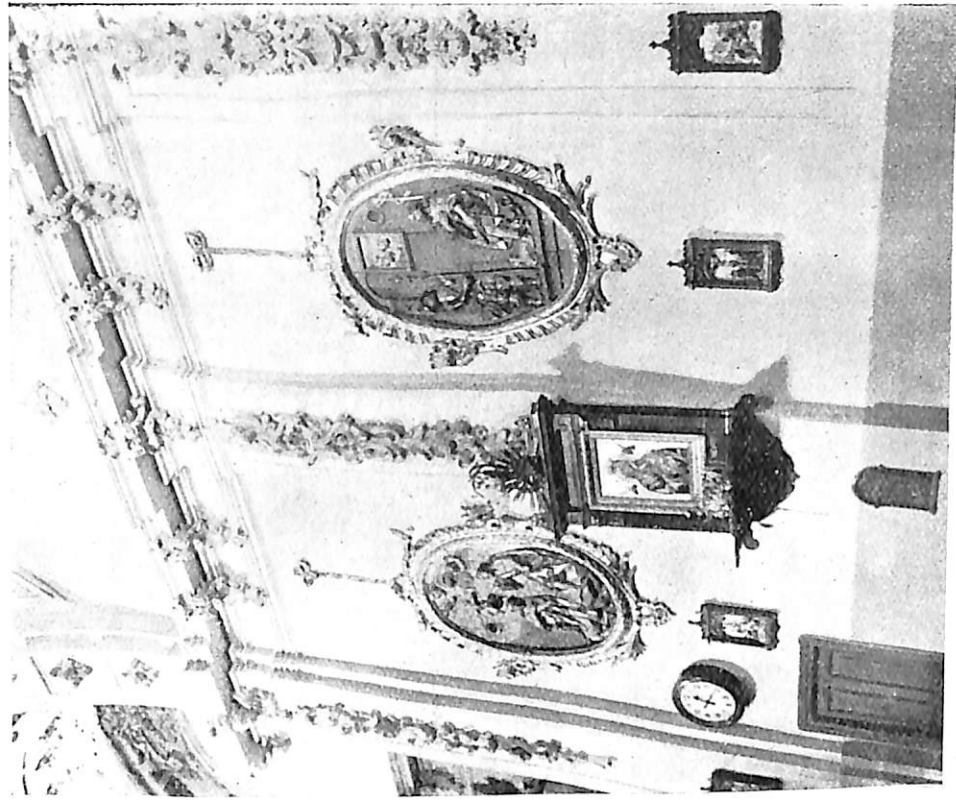
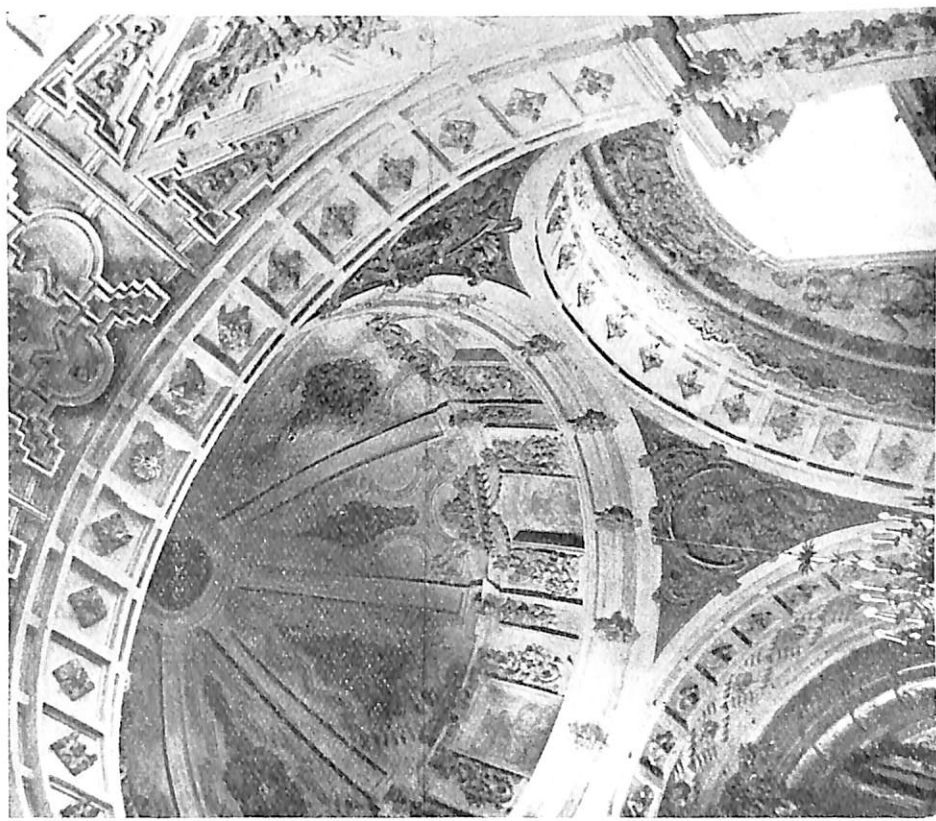
4) Valladolid. Detalle de dicha fachada



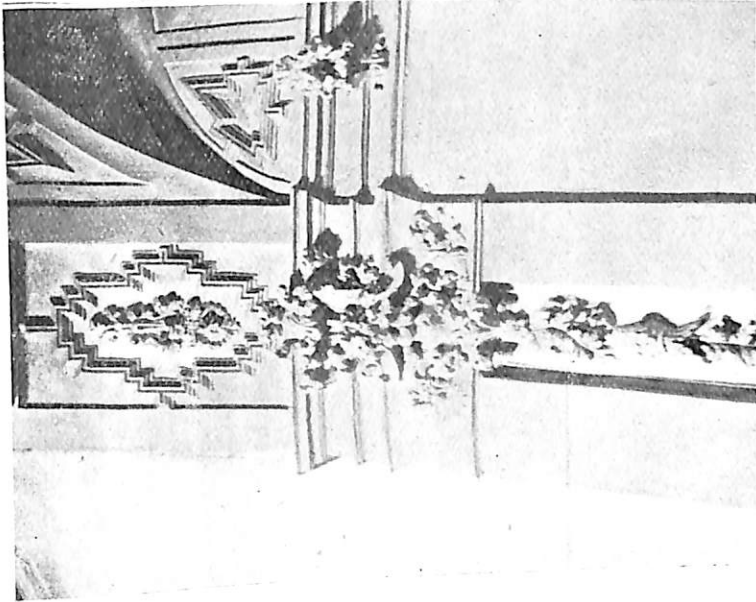
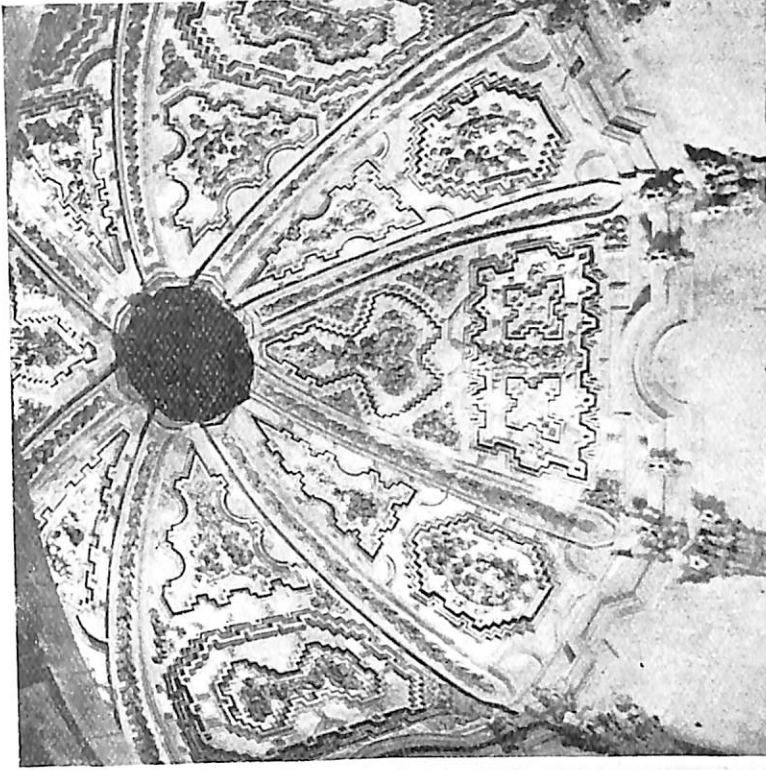
3) Valladolid. Fachada de la iglesia de San Juan de Letrán.



Valladolid, iglesia de San Juan de Letrán. 5) Columnas de la fachada. 6) Detalle de la bóveda.



Valladolid, iglesia de San Juan de Letrán. 7 y 8) Detalles del interior.



Valladolid. Iglesia del Carmen, extramuros. 9 y 10) Detalles de la capilla de San Joaquín y Nuestra Señora de la Mano.